

Revoluciones, populismos y democracias: del legado a la práctica en la izquierda latinoamericana

Revolutions, populism and democracies:
from legacy to practice in the Latin
American left

Rafael Rojas
CEH
El Colegio de México

Resumen

Este ensayo intenta repasar algunos de los principales debates historiográficos sobre las revoluciones y los populismos latinoamericanos del siglo XX, con el fin de explorar una tradición constitutiva de la cultura política de las izquierdas del siglo XXI. El texto busca hacer explícita la tensión entre una narrativa de la historia latinoamericana, que simplifica y homogeneiza ese legado, y la generalización de la forma democrática de gobierno que se ha producido en las últimas décadas. El recorrido por las posiciones de las izquierdas gobernantes sobre la invasión rusa de Ucrania permite ilustrar otra dimensión de la ambivalencia frente al régimen democrático, relacionada con la creciente subordinación de la ideología a la geopolítica.

Palabras clave: América Latina, revolución, populismo, democracia, izquierda, ideología, geopolítica.

Abstract

This essay reviews some of the main historiographical debates on the Latin American revolutions and populisms of the 20th century, in order to explore a constitutive tradition of the political culture of the 21st century Lefts. The text seeks to make explicit the tension between a narrative of Latin American history, which simplifies and homogenizes that legacy, and the generalized democratic form of government that has occurred in recent decades. The review of the positions of the ruling Lefts on the Russian invasion of Ukraine allows us to illustrate another dimension of the ambivalence towards the democratic regime, related to the growing subordination of ideology to geopolitics.

Keywords: Latin America, revolution, populism, democracy, Left, ideology, geopolitics.

Anota Pierre Rosanvallon (2020) en *El siglo del populismo* que, a pesar de su inasible polisemia, el concepto de populismo es inevitable por su gran capacidad de identificación de fenómenos históricos y contemporáneos de la política moderna (p. 14). Lo mismo podría decirse del concepto de revolución, cuyos muy disímiles usos latinoamericanos y caribeños entre los siglos XIX y XX generan distorsiones y manipulaciones retóricas, que en modo alguno justifican una renuncia al término. Las revoluciones y los populismos como experiencias históricas, y también como reservas simbólicas, están adheridas a los discursos y las prácticas de la izquierda contemporánea latinoamericana, a pesar de que desde hace tres décadas predomina la forma democrática de gobierno en la región.

Es interesante explorar esa memoria afectiva de la tradición revolucionaria y populista en la izquierda latinoamericana, como una modalidad de la melancolía política estudiada por Enzo Traverso (2018). Pero más pertinente tal vez sea contrastar

o contrapuntar las representaciones ideológicas que parten del duelo de la izquierda, por sus derrotas en la Guerra Fría, con el ejercicio real del poder en las izquierdas gobernantes, sobre todo, en las dos primeras décadas del siglo XX. Un enfoque de ese tipo arroja que la melancolía ideológica sustenta un proceso de desideologización que avanza por medio de la entronización de elementos autoritarios en la política doméstica y de una racionalidad neorrealista y geopoliticista en la política exterior.

Como el de revolución, el concepto de populismo en América Latina ha vivido un itinerario zigzagante desde mediados del siglo XX. Tras las primeras experiencias de gobierno del peronismo en Argentina y el varguismo en Brasil comenzaron a producirse visiones contradictorias sobre su significado. En publicaciones del humanismo antifascista, como la revista mexicana *Cuadernos Americanos*, que dirigía Jesús Silva Herzog, aparecieron artículos de los argentinos Sergio Bagú y Risieri

Fronzizi que presentaban el populismo como una versión latinoamericana del fascismo (Bagú, 1946; Fronzizi, 1948).

El intelectual argentino Ezequiel Martínez Estrada (1962), ya instalado en Cuba, incluyó apuntes sumamente críticos sobre el peronismo en su libro *Diferencias y semejanzas entre los países de América Latina*. Según Martínez Estrada, la Revolución cubana y su radicalización socialista hacían evidente el continuismo colonial y oligárquico de proyectos populistas como el peronismo (p. 489). En la Argentina de Perón, “El Estado se reorganizaría como un cuartel, adoptando públicamente el catecismo de los teóricos de la guerra total, Clauzewitz, Bernhardi y Schlieffen” (pp. 523-524). Sin escatimar adjetivos, Martínez Estrada calificaba los populismos latinoamericanos como “estados totalitarios”, basados en “apoteogmas bárbaros” y en la “línea tradicional” y la “formación mental” de los “ultramontanos” (p. 490).

Aunque la crítica a los populismos desde las izquierdas socialistas o marxistas se mantuvo durante buena parte de la Guerra Fría, en los años 50 y 60 surgieron visiones más matizadas como la de Gino Germani (2003), que destacaban las dinámicas de inclusión social de aquellas experiencias (pp. 150-172). Carlos de la Torre (1994) ha documentado ese desplazamiento semántico que desemboca en los estudios de Torcuato di Tella y Octavio Ianni en los años 70 (385-414). Pero, tal vez, la más clara línea de apropiación del legado populista desde la izquierda latinoamericana arrancó con la relectura del siglo XX argentino y brasileño que propusieron autores como Vania Bambirra, Theotonio dos Santos y Marcos Kaplan en la antología de Pablo González Casanova (1977), *América Latina: historia de medio siglo*.

Cuando se publicaron aquellos textos, América Latina se encontraba en plena consolidación de las dictaduras militares del Cono Sur y de intensificación de las revoluciones de Centroamérica. El contexto de la Guerra Fría, en el que Cuba se afincaba dentro de la órbita soviética y México perfeccionaba su política de triangulación y compensación de sus vínculos cada vez más absorbentes con Estados Unidos, favorecía una visión comprensiva de la experiencia populista, alejada de la tradicional descalificación comunista del populismo como fascismo o demagogia pequeñoburguesa.

Dos Santos y Bambirra (1977) llamaban “revolución” al ascenso de Getulio Vargas al poder, en

1930, y destacaban las políticas de inclusión social, proteccionismo e industrialización, sustitución de importaciones, dilatación del mercado interno y crecimiento de las clases medias del Estado Novo. Kaplan, por su parte, regresaba a la formulación del populismo como “bonapartismo”, legible en Marx y en Trotski, y definía el proyecto peronista como una contradicción entre la preservación de la hegemonía clasista de las élites agroindustriales y la extensión de derechos laborales y cooptación del movimiento obrero. Con todo, la definición de Kaplan (1977) del peronismo como un “movimiento esencialmente conservador y gatopardista” estaba todavía endeudada con la vieja crítica de las izquierdas socialistas y comunistas al populismo (pp. 20-29).

El desplazamiento analítico sobre los populismos, que emergió entonces entre círculos de la izquierda cercana a las tesis de la CEPAL y la Teoría de la Dependencia, había tenido un antecedente relevante en la visión de algunos trotskistas como el argentino Jorge Abelardo Ramos. En su *Historia de la nación latinoamericana*, Ramos (1973) había valorado positivamente el nacionalismo y la industrialización del Estado Novo y observado cierta dimensión de izquierda en el varguismo, como contraposición al avance del estalinismo burocrático en Luis Carlos Prestes y el comunismo brasileño. En el mismo sentido, Ramos (1973) consideró que, “a pesar de sus limitaciones de clase, el régimen peronista llevó adelante una política de amplia progresividad histórica” (p. 175).

Claves de una herencia

Las transiciones a la democracia desde diversos regímenes autoritarios, durante los años 80 y 90, fueron desventajosas para la revaloración del populismo desde las izquierdas. La reconstitución del pacto democrático, el sistema de partidos y los procesos legislativos y electorales produjeron una automática reactivación de orientaciones liberales, demócrata cristianas y socialdemócratas que hicieron girar el espectro ideológico al centro. La negociación del espacio político de las transiciones, en muchos países, suscitó una moderación, por la cual, las derechas e izquierdas más radicales, ligadas a los polos de confrontación de la Guerra Fría, perdieron protagonismo.

La evolución intelectual y política de algunas figuras, como Celso Furtado y Fernando Henrique Cardoso en Brasil, impulsores de las tesis de la

CEPAL y la Teoría de la Dependencia, que se sumaron a los gobiernos de la transición, o de Juan Carlos Portantiero y José Aricó, en Argentina, defensores de una democratización socialista inspirada en Antonio Gramsci, que se volverían referentes del socialismo democrático en los años 80 y 90, son muy reveladoras de ese proceso (De Diego, 1955-1975; Altamirano, 2010; Blanco, 1940-1965).

Conforme las transiciones se adentraron en la última década del siglo XX, tras la caída del Muro de Berlín y la descomposición del campo socialista en Europa del Este, comenzaron a rearticularse izquierdas y derechas que miraban al pasado de las revoluciones y los populismos, aprovechando el contexto de la post-Guerra Fría. Algunos autores como el venezolano Carlos Rangel sería precursor de una visión del siglo XX latinoamericano y caribeño donde no se distinguían las revoluciones y los populismos en una suerte de magma programático común. Su ensayo "Del buen salvaje al buen revolucionario" sería el punto de partida de otras versiones más propagandísticas del mismo relato, en los años 90 y 2000, como *Manual del perfecto idiota latinoamericano* (1996) de Plinio Apuleyo Mendoza, Álvaro Vargas Llosa y Carlos Alberto Montaner (Rangel, 1976, pp. 166-226; Apuleyo Mendoza et al., 1996, pp. 7-14).

En aquellos ensayos, lo mismo que en los más recientes de Carlos Raúl Hernández (2015), se funden el populismo y el comunismo como corrientes de la izquierda revolucionaria latinoamericana, hermanadas antes y, sobre todo, después de la caída del Muro de Berlín. La historia intelectual y política de la izquierda regional, sin embargo, registra más conflictos que armonías entre los populismos clásicos y los diversos socialismos, sin excluir al comunismo prosoviético, sobre todo, antes de la Guerra Fría. En coyunturas específicas como la revolución boliviana de Paz Estenssoro y el MLN, la guatemalteca de Juan José Arévalo y Jacobo Arbenz y la cubana de Fidel Castro y el Che Guevara, las tres fundamentales de la Guerra Fría, entre los años 50 y 60, se produjeron eventuales alianzas entre todas las izquierdas posibles, populistas, nacionalistas, revolucionarias, socialistas, comunistas e, incluso, católicas.

La gran difusión de las guerrillas, como efecto de la influencia de la Revolución cubana, en los años 60 y 70, profundizó aquellas alianzas, no exentas de purgas y conflictos internos tanto en el Cono Sur, los Andes o Centroamérica. En contra de una

visión estereotipada de las guerrillas, que operan lo mismo desde la izquierda que desde la derecha, las guerrillas latinoamericanas, según estudios recientes de historiadores como Aldo Marchesi, Vera Carnovale, Eugenia Palieraki o Arturo Taracena, estuvieron muy lejos de seguir mayoritariamente el modelo del foco revolucionario rural, defendido por el Che Guevara y Regis Debray (Marchesi, 2019, pp. 45-51; Carnovale, 2001, pp. 92-120; Palieraki, 2014, pp. 48-53; Taracena, 2017, pp. 7-12). Hubo debates intensos y ajustes de cuentas entre partidarios de uno u otro modelo dentro de los proyectos guerrilleros.

Lo que también concluyen estos autores es que, doctrinalmente, llegó a producirse un desplazamiento mayoritario hacia diversas modalidades de marxismo. La aproximación, ya fuera al marxismo-leninismo ortodoxo de la URSS y Europa del Este, al maoísmo chino, al guevarismo o a variantes más complejas de la guerrilla urbana, se dio desde coordinadas nacionalistas revolucionarias, como las de México, el Caribe y Centroamérica, peronistas o goulartistas, como las de Argentina y Brasil, o católicas posteriores al Concilio Vaticano II y próximas a la Teología de la Liberación, que tuvo presencia en casi todos los países de la región.

De esa mezcla, en que se diluían los perfiles del populismo anterior a la Guerra Fría, salió la rearticulación de las izquierdas latinoamericanas después de la caída del Muro de Berlín. Cuando el PT impulsó la creación del Foro de Sao Paulo a principios de los años 90, era difícil advertir sobrevivencias directas del populismo clásico en aquella alianza. Los movimientos sociales antineoliberales de los 90, como los Sin Tierra brasileños, las Madres y Abuelas de la Plaza de Mayo en Argentina, el Sindicato Cocalero de la región de Cochabamba en Bolivia o el Ejército Zapatista de Liberación Nacional en México, no se presentaban como continuación o reformulación de los populismos clásicos.

Fue con la llegada de Hugo Chávez al poder a fines de la década y, sobre todo, con la radicalización ideológica que siguió al fracasado golpe en su contra en 2002, que comienza una reformulación del populismo clásico, dentro de la izquierda latinoamericana. Para 2006 o 2007, cuando gobiernan Lula da Silva en Brasil, Néstor Kirchner en Argentina, Evo Morales en Bolivia y Rafael Correa en Ecuador ya han sido creadas Unasur y el Alba, ya están circulando, al menos, varios flancos teóricos que avanzan en una reapropiación del popu-

lismo clásico desde la izquierda. Por un lado, están las tesis de Ernesto Laclau en su influyente libro *La razón populista*; por otro, los ensayos un poco más ideológicos de Heinz Dieterich Steffan sobre el “socialismo del siglo XXI” y los estudios del vicepresidente boliviano Álvaro García Linera sobre el comunitarismo socialista y la potencia plebeya (Laclau, 2015, pp. 15-36; Dieterich Steffan, 2005, pp. 15-36).

En esos tres flancos paralelos, pero sobre todo en el abierto por Laclau y García Linera, tuvo lugar una reapropiación del populismo clásico. Algunos elementos como la economía mixta, el control de recursos estratégicos por el Estado y la diversificación de relaciones internacionales fueron explícitamente asumidos por las nuevas izquierdas. El constitucionalismo, que también fue una constante en el populismo clásico, reapareció como un horizonte común en las izquierdas bolivarianas. Teóricos del nuevo constitucionalismo, como Roberto Viciano, Rubén Martínez Dalmau, Roberto Gargarella o Pedro Salazar, encontraron en las nuevas perspectivas orgánicas y dogmáticas de las constituciones de Venezuela, Ecuador y Bolivia, aciertos e interrogantes muy parecidos a los planteados por el viejo populismo (Viciano Pastor y Martínez Dalmau, 2001, pp. 214-241; Gargarella, 2014, pp. 309-346; Salazar Ugarte, 2011, 57-71).

Esa revaloración generó también algunos accesos historiográficos nuevos al populismo clásico, que intentaré resumir a continuación. Me limitaré a señalar un par de localizaciones de la reinterpretación del populismo en la nueva historiografía latinoamericana. La primera tiene que ver con la nueva conceptualización del peronismo y el varguismo como procesos revolucionarios. La segunda, con el renovado interés por el populismo cívico de los años 40 y 50 (Jorge Eliécer Gaitán en Colombia, Eduardo Chibás en Cuba, Rómulo Betancourt en Venezuela), como variantes democráticas de la tradición populista.

En un estudio comparado sobre los populismos varguista y peronista, Alejandro Groppo (2009), discípulo del neomarxista Ernesto Laclau, sostiene que tanto en Brasil como en Argentina se produjo una apropiación del concepto de “revolución”. En el caso de Getulio Vargas y el Estado Novo brasileño, aquella combinatoria simbólica, que entrelazaba elementos de golpe militar, reforma gubernamental y movilización de masas, resultó menos desestabilizadora para la oligarquía nacional que el

experimento de Juan Domingo Perón en Argentina. Afirma Groppo (2009) que antes de la llamada “Revolución del 30”, Vargas, como Ministro de Hacienda de Washington Luis o como gobernador de Río Grande do Sul, era percibido como un actor menos disruptivo que Perón como Ministro de Trabajo y Previsión Social, luego de la también llamada “Revolución argentina de 1943” (pp. 291-303). Vargas, a diferencia de Perón, se estableció desde un inicio como un “significante de consenso”, llamado a asegurar una “estabilización del régimen republicano”, luego del colapso del modelo oligárquico del primer cuarto de siglo (Groppo, 2009, p. 305).

Si bien esa tesis es perfectamente sostenible desde la historia política comparada, una aproximación al paralelo desde la historia intelectual permite afinar más las diferencias en la incorporación del concepto revolucionario a ambos proyectos populistas, así como advertir las semejanzas en el proceso de polarización política que se vive en ambos países a mediados del siglo XX. Leyendo a los ideólogos de Vargas y Perón y algunas intervenciones estratégicas de ambos líderes en la construcción del nuevo glosario de la política nacional en Suramérica, comprendemos mejor la forma en que el populismo clásico se relacionó con la tradición revolucionaria latinoamericana, que comenzó en México en 1910, y que seguirían el aprismo peruano y los nacionalismos revolucionarios de Centro América y el Caribe desde los años 20.

Interesa, por tanto, releer a ideólogos del varguismo y el peronismo, en el campo intelectual brasileño y argentino de mediados del siglo XX, con el fin de elucidar las formas de representación del pueblo o las masas que pusieron a circular ambos estados y los discursos de la identidad nacional que transmitían. Se trata de ideólogos que no tuvieron, necesariamente, un vínculo de “intelectuales orgánicos” con sus respectivos estados, especialmente en el caso argentino, pero contribuyeron a visibilizar el rol que aquellos proyectos asignaban a Brasil y Argentina en las Américas y el mundo. A través de los escritos de dos intelectuales, el brasileño Almir de Andrade y el argentino Raúl Scalabrini Ortiz, y de revistas por ellos impulsadas como *Cultura Política* y *Cuadernos de Forja*, observamos que el nacionalismo brasileño adoptaba una estructura argumental sociológica, abierta a la interlocución con las grandes potencias atlánticas, mientras que el nacionalismo argentino combinaba acentos criollistas e hispanoamericanistas, puestos en función de una resistencia regional a la

hegemonía de Gran Bretaña y Estados Unidos en el hemisferio.¹

El papel de la ideología en los populismos clásicos ha llamado la atención de historiadores y politólogos. Desde los estudios tempranos de Gino Germani, Torcuato S. di Tella y Octavio Ianni, se estableció el lugar común de que el populismo, a diferencia de los socialismos, carecía de ideología u operaba con doctrinas de régimen reducibles a discursos superficiales de legitimación (Germani et al., 1973, p. 23; Ianni, 1975, pp. 52-55). El propio Ernesto Laclau, aunque evolucionó en su percepción del populismo desde la izquierda marxista en los 70 a la perspectiva neomarxista de los 2000, preservó, a través de la noción de “significante vacío”, una idea débil del papel de la ideología en el populismo (Laclau, 1978, pp. 230-232; Laclau, 2005, pp. 129-131). La historia intelectual de los populismos de mediados del siglo XX, en América Latina, permite cuestionar esa visión de “ideología delgada”, que han reiterado otros autores como Cas Mudde y Ben Stanley, y que subestima el peso de las teorías sociales positivistas, funcionalistas y estructuralistas en aquellos movimientos (Mudde, 2004, pp. 541-563; Stanley, 2008, pp. 95-110).

La nueva historiografía propone, entonces, replantear el problema de la construcción de ideologías de Estado o doctrinas de régimen bajo modelos políticos del populismo “clásico” o “moderno” (Finchelstein, 2018, pp. 126-141). Entendemos por estos, estrictamente, los proyectos varguista y peronista en Brasil y Argentina, antes de la Guerra Fría, y, aunque no desconocemos experiencias similares en el Gobierno o la oposición en otros países latinoamericanos, como podría ser el caso del APRA (Alianza Popular Revolucionaria Americana) peruano, suscribimos la distinción entre aquellos regímenes y el cardenismo mexicano, más claramente inscrito en la tradición del nacionalismo revolucionario (Finchelstein, 2018, pp. 117-118; Knight, 1998, pp. 223-248). Algo que llama la atención, sin embargo, es que si bien se trata de tradiciones distintas dentro de la izquierda latinoamericana, también en el populismo suramericano se produce un emplazamiento del concepto de “revolución” que da sentido a la práctica intelectual y el debate ideológico.

La emergencia de una vertiente que democratiza el concepto de Revolución es localizada, por esta nueva historiografía, alrededor de 1948. En Argentina, Juan Domingo Perón sorteaba su segundo

año de gobierno y anunciaba una nueva Constitución con amplio registro de derechos sociales para el año siguiente. En Venezuela, Rómulo Betancourt traspasaba la banda presidencial a Rómulo Gallegos, el más reconocido escritor de ese país, en una sucesión pacífica de poderes que parecía consolidar la hegemonía del Partido Acción Democrática. En Costa Rica, José Figueres instalaba la Segunda República, de prolongada estabilidad en Centroamérica. En Cuba, se iniciaba el segundo gobierno consecutivo de Partido Revolucionario Cubano (Auténtico), encabezado por Carlos Prío Socarrás.

La izquierda gobernaba democráticamente en buena parte de la región: en Brasil, Argentina, Uruguay, Chile, Venezuela, México y Cuba. Era aquella una izquierda no socialista ni comunista, sino inscrita en la tradición nacionalista revolucionaria o populista, aunque en sus versiones más moderadas. Entre el varguismo, el peronismo y el priismo mexicano, por un lado, y los Colorados uruguayos, los Radicales chilenos, los Auténticos cubanos y Acción Democrática en Venezuela, por otro, había enormes diferencias, pero algunos acuerdos básicos como la promoción de derechos sociales, el respeto a las libertades públicas y las elecciones democráticas regulares y competidas.

En esos años que siguieron a la Segunda Guerra Mundial, cuando todavía no se había quebrado del todo la alianza antifascista, la política de Estados Unidos hacia América Latina era favorable a aquel tipo de izquierda. Por entonces los soviéticos no alentaban a los partidos comunistas de la región para que se enfrentaran a dichas izquierdas, sino para que colaboraran con ellas. La estrategia de Vicente Lombardo Toledano y el Partido Popular Socialista, fundado ese mismo año en México, de los comunistas cubanos o de Ricardo Fonseca y el Partido Comunista de Chile, que hicieron Gobierno con los radicales de Gabriel González Videla, así lo confirma.² Era mucho más conflictiva la relación de los comunistas con las izquierdas populistas en Brasil y en Argentina, porque allí estas últimas llegaron a ser hegemónicas.

Fue aquella una coyuntura favorable para la reproducción de nuevos populismos cívicos, que se diferenciaban de sus antecesores peronistas y varguistas por la ausencia de orígenes o alianzas militares, pero también por un intento de síntesis entre las ideologías revolucionarias y republicanas. Dos casos de líderes y movimientos que ilustran a la perfección esa tendencia son los de Jorge Eliécer

Gaitán y el Partido Liberal en Colombia y Eduardo Chibás y el Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxos) en Cuba. Se trata de una tendencia muy pronto rebasada por la Guerra Fría y que en el mismo año de 1948 daría señales de quiebre, como el asesinato de Gaitán y el “Bogotazo” o el golpe de Estado derechista contra Gallegos en Venezuela, por la junta militar, encabezada por Carlos Delgado Chalbaud. Aun así, vale la pena reseñar aquellas experiencias como variaciones populistas del concepto de “revolución” en la historia política de América Latina.

Las izquierdas hiperrealistas

Como ha recordado Federico Finchelstein (2018) en su libro *Del fascismo al populismo en la historia*, el nuevo ascenso de una derecha populista, que reclama legados del fascismo, reafirma la herencia del populismo clásico latinoamericano en el árbol genealógico de las izquierdas (pp. 220-225). La que comienza a llamarse “segunda ola progresista” en América Latina, con la llegada de Andrés Manuel López Obrador, Alberto Fernández, Luis Arce y Pedro Castillo, en México, Argentina, Bolivia y Perú, vuelve a invocar la tradición populista dentro del panorama de la izquierda regional.

A fines de 2021, en un acto multitudinario en la Plaza de Mayo, en Buenos Aires, Lula, Cristina, Pepe Mujica y Alberto Fernández celebraron el día de la democracia y los derechos humanos, desde un imaginario y una simbología profundamente endeudados con la tradición populista. Todos los oradores hablaron de la izquierda, el pueblo, la justicia social, la unidad latinoamericana, la soberanía nacional y algunos hasta de Dios. El glosario de palabras habituales del populismo latinoamericano se hizo presente, esta vez, para señalar la ruta de una segunda marea rosa que estaría tomando distancia, a la vez, de las viejas y nuevas derechas emergentes (Bolsonaro, Macri, Lacalle, Piñera, Kast, Duque...) y, más discretamente, de las izquierdas autoritarias bolivarianas.³

Mes y medio después de aquel acto se produjo una coincidencia incómoda entre los presidentes de Argentina, Alberto Fernández, y de Brasil, Jair Bolsonaro, cuando ambos viajaron a Moscú a consolidar el relanzamiento de relaciones con Moscú en medio de la creciente tensión en Ucrania. Luego de la invasión rusa al país vecino el 24 de febrero, las dos cancillerías debieron condenar la agresión unilateral y sumarse al mayoritario posicionamiento de la ONU y la comunidad internacional

contra la violación de la soberanía y la integridad territorial de Ucrania. Las diferencias entre las izquierdas reunidas en la Plaza de Mayo y las de la Alianza Boliviana se hicieron evidentes, una vez más, al verificarse el respaldo que ofrecieron a Vladimir Putin los Gobiernos de Nicolás Maduro, Daniel Ortega y Miguel Díaz Canel.

Maduro y Ortega se solidarizaron con Rusia, suscribiendo la tesis del Kremlin de que ese país estaba siendo agredido por Estados Unidos y la OTAN, los cuales merecían el repudio internacional. Mientras la mayoría de los países latinoamericanos reprobaban la invasión rusa, Maduro y Ortega “condenaban la actividad desestabilizadora de Estados Unidos y la OTAN” y expresaban su “fuerte apoyo a las acciones decisivas de Rusia en Ucrania” (CNN, 2022). Aunque el relanzamiento de las relaciones entre Rusia y América Latina, en términos de inversiones y colaboración económica y comercial, ha favorecido a algunos países del Cono Sur, como Brasil, Argentina y Chile, en la zona centroamericana y caribeña, Moscú ha desplegado una estrategia más claramente geopolítica, de confrontación de la hegemonía regional de Estados Unidos y de intercambio militar y energético (Nicas y Trianovski, 2022).

La diferencia se manifestó en el hecho de que Venezuela, Nicaragua y Cuba fueron paradas en sendos viajes más bien simbólicos del viceprimer ministro Yuri Boríssov y el presidente de la Duma Viacheslav Volodin, en los que se anunció la renegociación de la deuda de Cuba con Rusia. A diferencia de los viajes de Bolsonaro y Fernández a Moscú, que se dieron acompañados de firmas de importantes convenios de colaboración, estas visitas sirvieron para reafirmar el apoyo de los tres Gobiernos bolivarianos a la recién anunciada “operación militar especial” de Rusia en Ucrania. No habría que olvidar que esos viajes se produjeron después que varios funcionarios rusos hablaron de la posibilidad de incrementar la presencia militar en Cuba y Venezuela, si Estados Unidos mantenía la presión sobre Rusia (Vicent, 2022).

En la votación en la Asamblea General de la ONU sobre Ucrania, cuatro países se abstuvieron, Cuba, Nicaragua, Bolivia y El Salvador; Venezuela no votó por falta de pagos en las cuotas financieras de los países miembros. A su vez, en la votación de otra resolución en la Comisión de Derechos Humanos de Ginebra, Nicaragua no asistió y Venezuela, Bolivia y Cuba fueron los únicos Gobiernos

que se abstuvieron (Urzúa y Pauseli, 2022). A pesar de que esos Gobiernos de la Alianza Bolivariana han hecho llamados a la paz y han cuestionado el uso de la fuerza, su posicionamiento, en el sentido más amplio del término, tomando en cuenta declaraciones de líderes, cobertura en medios oficiales y votaciones en organismos internacionales, ha sido lo que caracteriza a los aliados de Rusia. Una nueva votación, en la Asamblea General a fines de marzo, promovida por México y Francia, que demandaba el cese al fuego a Rusia confirmó el patrón: Cuba, Nicaragua, Bolivia y El Salvador se abstuvieron.

El posicionamiento del Grupo de Puebla, en los primeros días del conflicto, dio cuenta de las diferencias geopolíticas e ideológicas que avanzan dentro de la izquierda latinoamericana. Mientras Evo Morales tuiteaba contra el acoso de Estados Unidos y la OTAN a Rusia, suscribiendo el *casus belli* del Kremlin, un documento firmado por los expresidentes Rafael Correa, Fernando Lugo y Ernesto Samper y por políticos de la izquierda chilena y peruana como Verónica Mendoza y Marco Enríquez Ominami, llamaba a todas las partes involucradas en el conflicto, incluido el Gobierno de Vladimir Putin, a “mantener la paz y la seguridad de Ucrania abandonando la vía de la intervención militar y de las sanciones económicas” (Grupo de Puebla, 2022). El documento exhortaba también a preservar el equilibrio geoestratégico entre Europa y Asia por medio de “escenarios multilaterales o *ad hoc*”, donde las controversias puedan ser tramitadas “pacífica, colectiva y democráticamente tramitadas” (Grupo de Puebla, 2022).

Aunque ni la ALBA ni el Foro de Sao Paulo se pronunciaron formalmente sobre el conflicto, en contraste con los múltiples comunicados de esos foros contra las intervenciones de Estados Unidos en el Medio Oriente en las tres últimas décadas, algunos intelectuales ligados a ambas plataformas como Ignacio Ramonet o Atilio Borón opinaron desde una perspectiva similar a la de los Gobiernos bolivarianos. A juicio de Ramonet, el conflicto no era producto de la invasión de Rusia a Ucrania, sino del propósito de Estados Unidos, la Unión Europea y la OTAN de “aplantar, aislar y descuartizar a Rusia” (Ramonet, 2022). Recordaba Ramonet (2022), en tono de lamento, que ante las resoluciones de la ONU ningún país latinoamericano y caribeño votó a favor de Rusia, sin reconocer que

la abstención y los llamados a la solidaridad con Moscú implicaban algún tipo de respaldo.

Atilio Borón (2022), por su parte, sostuvo desde antes de la invasión misma que Rusia estaba siendo agredida y que la “operación militar especial” era una “medida excepcional” como respuesta legítima a todos los “ataques” de Occidente contra Rusia después de la desintegración de la URSS. El zarpazo de Moscú estaba justificado por la expansión de la OTAN hacia Europa del Este después de la caída del Muro de Berlín. No sólo eso, la reacción de la opinión pública occidental contra la violación de la Carta de la ONU y el atentado contra la soberanía nacional e integridad territorial de Ucrania era hipócrita, ya que Estados Unidos y Europa habían intervenido recurrentemente en el Medio Oriente y los Balcanes desde el 90. Este enfoque, tan común en la izquierda bolivariana, legitimaba la invasión rusa de Ucrania con el precedente de las invasiones de Estados Unidos y confundía a las potencias occidentales con la opinión pública occidental, sumamente crítica con las escaladas militares en la ex-Yugoslavia, Irak, Afganistán, Siria o Libia.

Existen otros referentes de la izquierda latinoamericana, como Noam Chomsky o Boaventura de Sousa Santos. El primero de ellos, catalogó la invasión rusa como una “agresión criminal”, que colocó en la tradición de las invasiones hitlerianas de Checoslovaquia y Polonia en 1939 y en la guerra preventiva de George W. Bush contra Irak en 2002 (Polychroniou, entrevista con Noam Chomsky, 2022). El segundo reconoció la compleja causalidad de conflicto, pero se distanció del *casus belli* de Moscú al señalar que el “autor próximo” era Rusia y el “autor remoto” Estados Unidos (Boaventura, 2022). Pensar con complejidad la invasión rusa a Ucrania requería, según Chomsky y Sousa, reconocer el malestar del Kremlin con su pérdida de hegemonía regional e, incluso, las amenazas a su seguridad, pero sin justificar la invasión como medida defensiva.

Algunos líderes de la izquierda latinoamericana opositora, al momento del arranque de la invasión, como Lula da Silva, Gustavo Petro y Gabriel Boric, también cuestionaron la intervención rusa desde un punto de vista soberanista. Lo característico, sin embargo, en el polo bolivariano, fue la justificación del ataque ruso desde el punto de vista estrictamente geopolitista del neorrealismo occidental. Los defensores latinoamericanos del

proyecto de Putin no suscribían el discurso nacionalista neoimperial de los filósofos de cabecera del partido Rusia Unida (Iván Ilyin, Anton Denikin, Alexandr Solzhenitsyn o Alexandr Dugin), sino la argumentación básica del “balance de poder” en un mundo multipolar, sostenidas por teóricos estadounidenses de las relaciones internacionales como Henry Kissinger, George Kennan, Joseph Nye, Robert Keohane y, más recientemente, John Mearsheimer y Jeffrey Sachs (Manrique, 2022; Straehle, 2022).

La apuesta por el enfoque hiperrealista en sectores altamente ideologizados de la izquierda bolivariana es un fenómeno a estudiar detenidamente. En la primera década de este siglo, la ideologización de la perspectiva geopolitista, impulsada por Hugo Chávez, Fidel Castro, Nicolás Maduro y Raúl Castro, partía de la inercia postsoviética que buscaba reemplazos a una alternativa global al poder unipolar de Estados Unidos. Rusia y China aparecieron como los enclaves posibles de un balance multipolar, pero con la gran limitación de que sus respectivas reconfiguraciones ideológicas no eran asimilables desde todos los miembros de la ALBA. Ni el comunismo gerencial chino ni el nacionalismo neoimperial ruso podían funcionar como referentes de las ideologías bolivarianas, que retóricamente se inscribían en el horizonte anticapitalista y antimperialista.

El desplazamiento hacia el enfoque geopolitista tuvo como raíz el hecho de que las potencias aliadas de los regímenes bolivarianos no aspiraban a un horizonte global, de verdaderas “arterias mundiales” como el soviético, sino estrictamente regionalista o nacionalista (Schlögel, 2021, pp. 777-798). El desencuentro ideológico entre los gobiernos de la izquierda bolivariana y sus aliados internacionales (Rusia, China, Vietnam, Irán, Siria, Corea del Norte), en las primeras décadas del siglo XXI, aceleró una apuesta paralela por la reconstitución autoritaria y la geopolítica neorrealista. Hay múltiples diferencias, en términos del sistema político, entre el chavismo y el putinismo o entre el socialismo cubano y el comunismo chino o vietnamita, pero hay una zona de contacto geopolítica, basada en la limitación de la hegemonía de Estados Unidos, que en las versiones más extremistas se extiende también a la Unión Europea.

La opción autoritaria, en un circuito reducido del amplio espectro de la izquierda latinoamericana, se construye sobre una doble plataforma: la

usura simbólica de la tradición revolucionaria y populista y el ejercicio geopolitista de las relaciones internacionales. Difícilmente, la democratización de los pocos regímenes que verdaderamente juegan, no a fórmulas híbridas o enclaves autoritarios, sino a alternativas nacionales o regionales al orden diverso de las democracias latinoamericanas y caribeñas, podrá avanzar sin remover esos dos pilares.

Bibliografía

- Anónimo (2022, 1 de marzo). Nicolás Maduro expresó fuerte apoyo a las acciones decisivas de Rusia en Ucrania. *CNN*. <https://cnnespanol.cnn.com/2022/03/01/nicolas-maduro-apoyo-rusia-ucrania-guerra-kremlin-trax/>
- Apuleyo Mendoza, Plinio et al. (1996). *El manual del perfecto idiota latinoamericano*. Editorial Atlántida.
- Bagú, S. (1946). Argentina, realidad revolucionaria. *Cuadernos Americanos*, 27 (3), 7-41.
- Bergel, M. (2018). FORJA: un pensamiento de la desconexión. En C. Altamirano (ed.), *La Argentina como problema: Temas, visiones y pasiones del siglo XX*. Siglo XXI.
- Blanco, A. (2010). ¿Ciencias sociales en el Cono Sur y la génesis de una nueva élite intelectual (1940-1965). En Carlos Altamirano (ed.), *Historia de los intelectuales en América Latina* (tomo II) [pp. 606-629]. Katz.
- Borón, A. (2022, 22 de marzo). Rusia y la Guerra Fría. *Página 12*. <https://www.pagina12.com.ar/404466-conflicto-rusia-ucrania-una-segunda-mirada>
- Carnovale, V. (2001). *Los combatientes: Historia del PRT-ERP*. Siglo XXI.
- Da Silva de Paiva, V. (2009). *La organización del campo intelectual en el Estado Novo (Brasil, 1937-1945)* [Ponencia]. XII Jornadas Interescuelas/ Departamento de Historia, Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche, Argentina. <http://cdsa.aacademica.org/000-008/139>
- De Diego, J. L. (2010). Los intelectuales y la izquierda argentina (1955-1975). En C. Altamirano (ed.), *Historia de los intelectuales en América Latina* (tomo II) [pp. 395-418]. Katz.

- De la Torre, C. (1994). Los significados ambiguos de los populismos latinoamericanos. En J. Álvarez Junco y R. González Leandri (comps.), *Los populismos en España y América* [pp. 385-414]. Catriel.
- De Sousa Santos, B. (2022, 6 de marzo). ¿Todavía es posible pensar con complejidad? *La Jornada*. <https://www.jornada.com.mx/notas/2022/03/06/politica/todavia-es-posible-pensar-con-complejidad-boaventura-de-sousa-santos/>
- Dieterich Steffan, H. (2005). *Hugo Chávez y el socialismo del siglo XXI*. Instituto Nacional de la Alcaldía de Caracas.
- Dos Santos, T. y Bambirra, V. (1977). Brasil. En P. González Casanova (ed.), *América Latina: Historia de medio siglo* (vol. I). Siglo XXI.
- Finchelstein, F. (2018). *Del fascismo al populismo en la historia*. Taurus.
- Fiorucci, F. (2011). *Intelectuales y peronismo*. Biblos.
- Fronzizi, R. (1948). Las universidades argentinas bajo el régimen de Perón. *Cuadernos Americanos*, 38 (2), 40-60.
- Gargarella, R. (2014). *La sala de máquinas de la constitución: Dos siglos de constitucionalismo en América Latina*. Katz.
- Germani, G. (2003). *Autoritarismo, fascismo y populismo nacional*. Instituto Torcuato di Tella.
- , et al. (1973). *Populismo y contradicciones de clase en América Latina*. Era.
- Groppo, A. J. (2009). *Los dos príncipes: Juan D. Perón y Getulio Vargas*. Universidad Nacional Villa María.
- Grupo de Puebla (2022, 24 de febrero). Grupo de Puebla hace un llamado a una solución multilateral y pacífica para evitar la guerra en Ucrania. *Grupo de Puebla*. <https://www.grupodepuebla.org/el-grupo-de-puebla-hace-un-llamado-a-una-solucion-multilateral-y-pacifica-para-evitar-la-guerra-en-ucrania/>
- Hernández, C. R. (2015). *Latinoamérica y el asedio revolucionario*. El Nacional.
- Ianni, O. (1975). *La formación del Estado populista en América Latina*. Era.
- Kaplan, M. (1977). 50 años de historia argentina. En P. González Casanova (ed.), *América Latina: historia de medio siglo* (vol. I) [pp. 20-29]. Siglo XXI.
- Knigt, A. (1998). Populism and Neopopulism in Latin America, especially in Mexico. *Journal of Latin American Studies*, 30 (2), 223-248.
- Laclau, E. (2015). *La razón populista*. Fondo de Cultura Económica [FCE].
- , (1978). *Política e ideología en la teoría marxista: Capitalismo, fascismo y populismo*. Siglo XXI.
- Manrique, L. E. (2022, 16 de marzo). Putin, Dugin, Ilyin: la matrioshka del paneslavismo. *Política exterior*. <https://www.politicaexterior.com/putin-dugin-ilyin-la-matrioska-del-paneslavismo/>
- Marchesi, A. (2019). *Hacer la revolución: Guerrillas latinoamericanas, de los años sesenta a la caída del Muro*. Siglo XXI.
- Martínez Estrada, E. (1962). *Diferencias y semejanzas entre los países de América Latina*. UNAM.
- Mio Salla, T. (2017). *Graciliano Ramos e a Cultura Política: Mediação editorial e construção do sentido*. Edusp.
- Mudde, C. (2004). The Populist Zeitgeist. *Government and Opposition*, 39 (4), 541-563.
- Nicas, J. y Trianovski, A. (2022, 24 de febrero). Rusia fortalece su presencia en América Latina. *The New York Times*. <https://www.nytimes.com/es/2022/02/15/espanol/rusia-america-latina.html>
- Oliveira, L. L. et al. (1982). *Estado Novo: Ideología e Poder*. Zahar.
- Palieraki, E. (2014). ¡La Revolución ya viene! El MIR chileno en los años sesenta. LOM.
- Petinnà, V. (2018). *La Guerra Fría en América Latina*. El Colegio de México.
- Polychroniou, C. J. (2022, 3 de marzo). Entrevista con Noam Chomsky. *CTXT: Contexto y Acción*. <https://ctxt.es/es/20220301/Politica/38974/Noam-Chomsky-guerra-Ucrania-Rusia-Putin-EEUU-OTAN-geopolitica-Polychroniou.htm>
- Ramonet, I. (2022, 4 de marzo). AL y la guerra de Ucrania. *La Jornada*. <https://www.jornada.com.mx/notas/2022/03/06/mundo/al-y-la-guerra-de-ucrania-ignacio-ramonet/>

- Ramos, J. A. (1973). *Historia de la nación latinoamericana*. A. Peña Lillo.
- Rangel, C. (2019). *Del buen salvaje al buen revolucionario*. Monte Ávila.
- Rosanvallon, P. (2020). *El siglo del populismo: Historia, teoría, crítica*. Ediciones Manantial.
- Salazar Ugarte, P. (2011). *La democracia constitucional*. Fondo de Cultura Económica [FCE].
- Schlögel, K. (2021). *El siglo soviético: Arqueología de un mundo perdido*. Galaxia Gutenberg.
- Sigal, S. (1991). *Intelectuales y poder en la década del sesenta*. Puntosur.
- Spenser, D. (2018). *En combate: La vida de Lombardo Toledano*. Debate.
- Stanley, B. (2008). The thin ideology of populism. *Journal of Political Ideologies*, 13 (1) 95-110.
- Straehle, E. (2022, 6 de marzo). Putin y los peligros de la melancolía imperial. *CTXT: Contexto y Acción*. <https://ctxt.es/es/20220301/Firmas/38990/putin-rusia-ucrania-bielorrusia-conflicto-edgar-straehle-guerra.htm>
- Taracena, A. y García Ferreira, R. (2017). *La Guerra Fría y el anticomunismo en Centroamérica*. FLACSO.
- Traverso, E. (2018). *Melancolía de izquierda: Marxismo, historia y memoria*. Fondo de Cultura Económica [FCE].
- Urzúa Valverde, M. J. y Pauseli, G. (2022, 11 de marzo). Entre geopolítica y derecho internacional: América Latina frente a Rusia. *Gatopardo*. <https://gatopardo.com/noticias-actuales/america-latina-onu-rusia-ucrania/>
- Velloso, M. P. (2003). Os intelectuais e a política cultural da Estado Novo. En J. Ferreira y L. Delgado (eds.), *O Tempo do Nacional-estatismo: do início da década de 1930 ao apogeu do Estado Novo*. Civilizacao Brasiseira.
- Vicent, M. (2022, 25 de enero). Rusia y Cuba fortalecen su cooperación estratégica en medio de las tensiones con Estados Unidos. *El País*. <https://elpais.com/internacional/2022-01-25/rusia-y-cuba-profundizan-su-cooperacion-estrategica-en-medio-de-las-tensiones-con-ee-uu.html>
- Viciano Pastor, R. y Martínez Dalmau, R. (2001). *Cambio político y proceso constituyente en Venezuela*. Tirant lo Blanch.

Notas

- ¹ Aunque escasa, hay una bibliografía atendible sobre aquellos dos grupos intelectuales: Lúcia Lippi Oliveira, Monica Pimenta y Ángela María de Castro Gomes (1982), *Estado Novo: Ideología e Poder*; Monica Pimenta Velloso (2003), “Os intelectuais e a política cultural da Estado Novo”, en J. Ferreira y Lucila de A. Neves Delgado, *O Tempo do Nacional-estatismo: do início da década de 1930 ao apogeu do Estado Novo*; Valeria Da Silva de Paiva (2009), “La organización del campo intelectual en el Estado Novo”, <http://cdsa.academica.org/000-008/139>; Thiago Mio Salla (2017), *Graciliano Ramos e a Cultura Política. Mediação editorial e construção do sentido*; Silvia Sigal (1991), *Intelectuales y poder en la década del sesenta*; Flavia Fiorucci (2011), *Intelectuales y peronismo*; Martín Bergel (2018), “FORJA: un pensamiento de la desconexión”, en Carlos Altamirano (ed.), *La Argentina como problema: temas, visiones y pasiones del siglo XX*.
- ² Sobre el periodo de la pre-Guerra Fría o la “Guerra Fría temprana” en América Latina ver Vanni Pettinà (2018), *La Guerra Fría en América Latina*, pp. 63-87; Daniela Spenser, *En combate. La vida de Lombardo Toledano*, pp. 343-350.
- ³ Consultar la Nación (2021, 12 de octubre), Acto en la Plaza de Mayo. <https://www.lanacion.com.ar/politica/acto-en-plaza-de-mayo-en-vivo-nid10122021/>